

**DISCURSO POR EL ACADEMICO CORRESPONDIENTE  
EXCMO. SR. D. ANTONIO MACIA SERRANO**

**SAN JUAN DE LOS REYES Y LA BATALLA DE TORO**

**PREAMBULO**

*Entre Segovia por Don Alfonso...—Y Toledo por Don Enrique.  
La trucha en pan.—Cuando Isabel fue más reina.*

A los dieciséis años, la princesa Isabel de Castilla acomete su gran aventura y primera travesura. Se escapa de la corte de su hermanastro, el rey Enrique IV, y corre en busca de su hermano Alfonso. Le esperó en Segovia y de allí marcharon a Arévalo, a reunirse con la madre para pasar juntos el cumpleaños de Alfonso, que cumplía los catorce; había nacido en noviembre de 1453. Allí pasaron las Navidades del año que corría, el de 1467... Hace de esto 509 años. Esos nueve años que le sobran a los cinco siglos fueron fundamentales para colocar la primera piedra en San Juan de los Reyes, y fueron definitivos en la vida de Isabel y Fernando, para mayor gloria de su reinado y de la Historia de España.

Cuando llegó la primavera de aquel año crucial, el mundo requiere a los dos hermanos y tienen que abandonar su refugio de Arévalo. Toledo, tan mudable como su arzobispo, de pronto, se declara por don Enrique y, en cambio, Segovia, tan amada por este rey, se proclama por don Alfonso. Había que reducir a Toledo, y hacia esta ciudad la emprendieron las huestes alfonsinas.

No cabalgaron mucho. Al llegar a Cardenosa, cerca y al norte de Avila, cenó don Alfonso una trucha en pan. Se acostó cuando sentía una extraña somnolencia de la que no despertó nunca más. Fueron inútiles cuantos socorros le aplicaron. Vino a morir un 30 de junio de 1468.

Aquella misma noche trasladaron el cuerpo de Alfonso hasta Arévalo. Isabel, después del funeral, marchaba a Avila, al convento de Santa Ana. La situación había cambiado rotundamente. Isabel, infanta segundona, la tercera en la sucesión al trono, casi lo tocaba con sus manos. Así la reflejan las crónicas:

«Veyéndose desamparados estos perlados y caualleros por la muerte deste rey don Alfonso, que avían tomado, y enemistados con el rey don Enrique su hermano, que avían dexado, estauan en gran temor, recelando la indignación del rey, a quién por cartas y por palabras, avían injuriado mucho, y no hallavan otro remedio para su defensa, sino continuar la dimisión que avían comenzado en el reyno, aiçando en él por reyna esta princesa Isabel en lugar de su hermano. Porque con ella, por ser persona real y legítima subcesora el reyno, pudiese mejor defender sus personas y estados de los males que recelaban recibir del rey don Enrique, por lo que contra él avian cometido; y quisieron ponello en obra.»

«Y suplicaron a la princesa, que estaba con ellos en la cibdad de Avila, que tomase el título de reyna de Castilla y de León, segund lo tenía el rey don Alfonso, su hermano; y que todos los caualleros e perlados, y las cibdades y villas que por él estaban, estarían a la obediencia della, y el rey don Enrique que no avía lugar de dar subcesión del reyno a aquella doña Juana que dezía ser su hija.»

Tan deslumbradora proposición a una niña de diecisiete años, aunque princesa, sola y sin amparo; huérfana de padre; la madre trastornada y el hermano menor muerto... parecía merecer una aceptación absoluta. La contestación dejó estupefactos a prelados y caballeros. Esta fue:

«Volved el reino a don Enrique mi hermano y con esto restituiréis la paz a Castilla. Mas si me tenéis por hija del rey don Juan, mi señor y padre, y digna de este nombre, haced que el rey mi hermano y los grandes prelados, para después de su vida, que sea muy larga, me declare por sucesora del reino... Este tendré yo por el mayor servicio que me podéis hacer.»

Los comentarios de todos los tiempos coinciden, al decir que nunca Isabel fue más reina que en este momento. Ella quería el reino; pero legítimamente, en orden y en paz.

## I

*La Europa del siglo XV.—El Papa Martín V.—La Alemania de Federico III y Maximiliano I.—La guerra de los Cien Años.—Francia y Juana de Arco.—Inglaterra, la guerra de las Dos Rosas.—Enrique VIII.—Suiza y Borgoña.—Luis XI de Francia. Cristián I de Dinamarca.—Suecia y Noruega.—Basilio el Ciego y la Iglesia Ortodoxa.—La Italia de los Estados.—La caída de Constantinopla.—El papado, Portugal, Granada, Aragón y Castilla.*

El siglo xv, la Europa del siglo xv, fue tan extremadamente agitada y agitadora que el rasgo, la contestación de Isabel, resulta y resplandece por su excelsitud.

- La Iglesia estaba dividida con el cisma de Occidente. Benedicto XIII, el antipapa Luna, o si se quiere El Papa del Mar, refugiado en Peñíscola, se mantiene a ultranza, hasta que muere; el nuevo papa, Martín V, pacífica y unifica la Iglesia.

- Alemania está en plena lucha. Es Federico III quien conquista Hungría, Austria y Bohemia, y hace ese gran Imperio que consolida Maximiliano I.

- Francia e Inglaterra luchan en la guerra de los Cien Años. Enrique VI es nombrado rey de las dos naciones, pero Francia elige a Carlos VII, al que le gana la corona la Doncella de Orleáns, santa Juana de Arco.

- Acabada la guerra, Enrique VI, en Inglaterra, es destronado por Eduardo IV, duque de York. Es la guerra de las Dos Rosas, entre las casas de Tudor y Lancáster. Muerto Eduardo IV y asesinado Enrique VI, se proclama a Ricardo II, hermano de Eduardo. Enrique no duda en dar muerte a sus sobrinos, los hijos de Eduardo. Se continúa la guerra y frente a él lucha Enrique VII de los Tudor, que después de vencido y muerto Ricardo III, lega el trono al *Barba Azul*, Enrique VIII.

- Suiza y Borgoña son estados independientes que guerrean, singularmente, con Luis XI de Francia.

- Cristián I reúne en su corona: Dinamarca, Suecia y Noruega, manteniendo amistosas relaciones con Maximiliano I de Alemania.
- Rusia, con Basilio el Ciego, se aparta de Roma y constituye la iglesia Ortodoxa.
- Italia es un hervidero de estados: Milán, Florencia, Génova, Venecia y el Papado, siempre luchando entre sí.
- En los Balcanes, la caída de Constantinopla en poder de los turcos, pone en grave peligro a Occidente.
- Portugal, aunque tiene y sostiene luchas internas, ya busca, con don Enrique el Navegante, su destino en ultramar.
- Aragón, la Corona de Aragón, lucha también en contiendas y desavenencias, hasta que Juan II la logra sosegar en los últimos años de su vida.
- Granada, aunque reino decadente, aún es poderoso y tiene a raya a los castellanos en el desastroso reinado de Enrique IV, el hermano de Isabel.

## II

*Los Toros de Guisando.—Las flores de Aragón.—La boda, la bula y el bulo.—Sixto IV.—Los legados del papa.—El cardenal Borja.—La muerte del rey.—La espada de la justicia.—Los bandos y la avenencia.—Carrillo y Mendoza.—«No fuera necesario mover esta materia».—«Yo, el rey».*

Son: el legado del papa, Antonio de Véneris, el marqués de Villena y la prudente contestación de Isabel (a base de que no se tomen represalias contra los nobles rebeldes y que se nombre heredera a la princesa Isabel), las personas y condiciones por las que se llega al pacto de los Toros de Guisando. Mas en él hay un punto clave: la boda de la princesa.

Se resumen las actitudes de esta manera: Enrique IV, por todos los medios, quiere una boda que anule o aleje a su her-

mana del prometido reino de León y Castilla. Y es, por otra parte, el potente partido aragonés en Castilla, el que propugna la boda de la princesa con el primo hermano segundo: Fernando de Aragón.

*¡Flores de Aragón  
dentro de Castilla son!  
¡Pendón de Aragón!  
¡Pendón de Aragón!*

Se llega a la boda, el 14 de octubre de 1469. El arzobispo presentó una bula expedida por Pío II, dispensando el parentesco de consanguinidad, pero el asunto de esta bula aún está tan debatido por todos los tratadistas, que más parece un bulo. Isabel escribió a su hermano, el rey Enrique, esperando el consentimiento del hecho consumado. Sólo recibió una breve carta diciendo que había roto lo pactado en Guisando y merecía el tratamiento de rebelde.

Pero Isabel rezaba y su esperanza estaba en Roma. Sabía el peligro de la invasión de Oriente por los mahometanos y sólo la voz de San Pedro tronaba, por encima de las locuras y pasiones de aquella revuelta Europa. El papa español, Calixto III, ya, anteriormente, había vendido sus tesoros de arte y vajilla de oro. Pablo II luchó también. Por fin fue coronado papa Sixto IV, el 25 de agosto de 1471. Devoto monje franciscano, se creyó que comenzaría la reforma, pero atendió más al peligro inminente de la defensa de la cristiandad. El papa envió cinco cardenales a las varias partes de Europa para reorganizar la Cruzada. Al cardenal Rodrigo de Borgia lo mandó a su tierra natural, España.

«Besarion, a Francia, Borgoña e Inglaterra; Capránica, a Italia; Marco Barbo a Alemania, Hungría y Polonia; Caraffa, especialmente a Nápoles "et per mare" a la escuadra napolitana; el vicescanciller Rodrigo de Borja a España ("apud regem Hispaniae et alios"). Se entiende que Borja viene a los Reinos de España, ampliando el singular del texto del acta consistorial de 23 de diciembre de 1471» (1).

---

(1) V. RODRIGUEZ VALENCIA: *Perfil Moral de Isabel*.

«Cuando Borgia (destinado a reinar más tarde como papa Alejandro VI) se embarcó en Ostia, en mayo de 1472, tenía justamente cuarenta y dos años; era alto y de fuerte contextura, de figura dominante y majestuosa y penetrantes ojos negros. Era un caballero de maneras corteses, conversador agradable y gobernante de condiciones excepcionales. Su tío, el papa Calixto III, lo había nombrado cardenal a la edad de veintitrés años.»

«Borgia tuvo un éxito extraordinario en su misión en España. Encontró al país a punto de morir de hambre y al borde de la guerra civil. Después de celebrar varias conferencias diplomáticas con el arzobispo Carrillo, el marqués de Villena y otras personas, logró la reconciliación de Isabel con el Rey Enrique» (2).

«Un impulso nada desdeñable a esta creciente ola de suerte fue la visita a España, en 1472, del cardenal Rodrigo Borgia, que sería más tarde papa, con el nombre de Alejandro VI. Este distinguido español (aunque generalmente se piensa en los Borgia como italianos, la familia procedía de Valencia) vino como legado papal y para asuntos de máximas consecuencias. Traía la dispensa legal del matrimonio tanto tiempo deseada por Isabel. Sus instrucciones era hacer todo lo posible para apaciguar las turbulentas aguas que se levantaban entre el rey y la joven pareja, y si no llegó a ninguna parte con Pacheco, tuvo la agudeza suficiente para ver los méritos de Isabel y Fernando y el poder de darles, dentro de los límites de la diplomacia, la sanción del apoyo papal. Pero tal vez el mayor servicio que le hizo a Isabel fue uno indirecto. Pedro González de Mendoza, obispo de Sigüenza, prelado que no desdeñaba la batalla, pero justo, sagaz y profundo, es decir, tan diferente del arzobispo de Toledo como el día de la noche, era el alma de la influyente familia Mendoza. Borgia le trajo el capelo cardenalicio, un honor obtenido en gran parte gracias a los buenos oficios de Fernando y su padre. El nuevo cardenal había estado dudando durante algún tiempo entre el rey e Isabel; empujado por la gratitud, unió su suerte a la de Isabel. Cuando Fernando, no mucho después,

---

(2) W. T. WALSH: *Isabel la Cruzada*.

pudo congraciarse con el marqués de Santillana, cabeza titular de los Mendoza, por la ayuda militar prestada en una de las dificultades del marqués, la adhesión de aquella ilustre casa fue ya un hecho seguro. Los Mendoza fueron casi los últimos grandes nobles en adherirse. La nobleza cerraba filas tras Isabel y Fernando; Enrique se quedó prácticamente solo con el maestre de Santiago» (3).

Se perfila muy exactamente la gran figura de Rodrigo de Borja. Su talento político para que aquella corona, que parecía tan lejana, de Fernando e Isabel, recayera sobre sus cabezas. Borja fue, ante todo y sobre todo, un gran político y excelente gobernante. Cuando se habla de sus defectos hay que tener en cuenta las corrompidas costumbres de aquella Italia, de aquella Roma del Renacimiento. Los españoles siempre dispuestos a menospreciarnos, pues es bien sabido:

*Oyendo hablar a un hombre, fácil es  
acertar donde vio la luz del sol;  
si os alaba Inglaterra, será inglés;  
si os habla mal de Prusia, es francés,  
y si os habla mal de España, es español.*

Tras la muerte del rey —12 diciembre 1474—, el primero y único disgusto que hubo entre los reyes por la autoproclamación de Isabel. En la noche del 13 comprendió que debía actuar. Fernando estaba en Aragón, ayudando a su padre, Juan II, sitiado en Perpiñán; Enrique VI había muerto, y fiel a su conducta («Huyendo de los negocios y despachándoles tarde y mal») no dejó testamento; la sucesión no estaba clara... Isabel se vistió de luto. Mandó celebrar un solemne funeral por el alma del difunto rey en la iglesia de San Miguel, de Segovia. Asistió con gran devoción y majestad. Luego, cambió sus tocas negras por un vestido de gala, mandó enjaezar un hermoso palafrén y manifestó que se le proclamara.

Cuando se abrieron las puertas del alcázar y apareció la reina, los heraldos gritaron: «¡Castilla, Castilla, Castilla por

---

(3) TOWNSED MILLER: *The Castles and the Crown*.

la muy alta y poderosa princesa e señora, nuestra señora la reyna Isabel e por el muy poderoso príncipe e señor, nuestro señor el rey don Fernando como su legitimo marido!» Ondearon los pendones, sonaron las trompetas, caramillos y tambores. Se organizó una magna procesion con la grandeza, clero, concejo, nobles y comuneros. Seguía don Gutierre de Cárdenas, con la espada de la justicia desnuda y punta arriba, como signo de victoria. Después la reina a caballo. Por último, dos pajes que llevaban sobre un almohadón la corona de Fernando el Santo. «Prelados, sacerdotes, concejales, lanceros, ballesteros, hombres de armas y portaestandartes, músicos y pueblo» gritaban: «¡Viva la reina! ¡Castilla por la reina Isabel!»

Cuando se enteró Fernando, de natural desconfianza y mai pensado, montó en cólera y a grandes jornadas se presentó en Segovia, donde logró un acuerdo, la llamada *Corcordia de Segovia*; pero no contento el rey, hubo de modificarse. Se dibujaron bandos: Carrillo, por el rey; Mendoza, por la reina; mas, al fin, hubo total avenencia. Fernando fue jurado el 2 de enero de 1475. Desde entonces pudo firmar: «Yo, el rey».

«E dende en adelante él y ella mandaron que no se fablase de esta materia.» La Unidad Nacional crecía de aquellos cientos.

### III

*Los ciudadanos y labradores.—Cartas vienen, cartas van.—La boda de Plasencia.—«El que tenga al arzobispo».—«Entrando ella en Alcalá».—«El cetro y la rueca».— 20.000 contra 500.—El malparto de Cebreros.—Ya eran 40.000.—Fracasados, no vencidos.—Zamora, Toro.—Zamora y las horas.—«E ordenadas las batallas puso las delanteras».—Duarte d'Almeida.—Seis horas de batalla.—Públicas e devotas.*

Mas corrían tiempos trágicos para Castilla. Sobre todo, una ausencia total de autoridad. Los reyes, políticos de talla y gobernantes de primera mano, impusieron un simple programa que se resume en estos tres puntos: orden, paz, unidad. Con ello lograrían llenar el vacío poder de la corona. Y a punto estaban de conseguirlo:



«Los homes ciudadanos e labradores e toda la gente común deseosos de paz, estaban alegres e daban gracias a Dios, porque veían tiempo en lo que le parecía haber piedad destos reyes... E allende la afición que los pueblos tenían al rey y a la reina, con esta justicia que administraban ganaron los corazones de todos.» Dicen las noticias de aquellos tiempos.

No obstante, los bandos persistían. El díscolo e inquietante arzobispo de Toledo se inclinaba entre Juana la Beltraneja y Fernando e Isabel. «Si mucho me hacen, les daré la vuelta como se la di a su hermano el rey.» Mas la paz subsistía y progresaba hasta saber que Carrillo estaba frente a ellos.

El orden y la paz se habían roto. Pero ni Fernando ni Isabel se amedrentaron. Hicieron ir al cardenal Mendoza para ver de conciliar a Carrillo. El cardenal volvía defraudado de la entrevista y aún temía que algo más se tramaba más allá de aquella cordialidad quebrantada. Y así fue: Las banderas de guerra iban a aventar aquel aire de inquietante tranquilidad.

En Valladolid, donde se encontraban los reyes, recibieron cartas de Alfonso de Portugal. Les anunciaba su boda con Juana la Beltraneja, la dudosa hija de Enrique IV. Con estos esponsales, cubría el derecho de tomar los títulos de rey de Castilla y León. Añadía que la nobleza castellana, y a la cabeza el arzobispo Carrillo, estaba de su parte. Isabel quedó aterrada. Ella había oído decir por estos sus reinos y sus gentes: «El que tenga al arzobispo, ese ganará».

No lo pensó más y en contra de la opinión de sus consejeros, decidía ver a Carrillo enviándole por delante al conde de Haro, a quien, poco galante, le dio este mensaje para Isabel: «Entrando ella en Alcalá por una puerta, él se iría huyendo por la otra». Todavía añadió: «La quité de la rueca y le di un cetro; ahora le quitaré el cetro y la volveré a la rueca». Ella sólo exclamó: «Señor mío Jesucristo, en vuestras manos pongo mis fechos y de vos me defienda el favor y la ayuda». Montó a caballo y se fue a Toledo.

Allí recibió graves noticias: Evidentemente, el 12 de mayo de 1475. Alfonso de Portugal se había desposado solemnemente en Plasencia con Juana, y avanzaba con un ejército de 20.000 soldados hasta el mismo corazón de Castilla, después de tratar una alianza con Luis de Francia para que atacase por el Norte.

No se amedrentaron ni Fernando ni Isabel, que sólo contaban con unos 500 hombres. El marchó al Norte, a alistar soldados para tan menguado ejército. Ella, incansable, recorría toda Castilla reclutando gentes. Ordenando, persuadiendo: siempre infatigable. Sólo un malparto la detuvo en Cebreros. A los dos días volvía a la actividad.

Hacia julio de 1475, ya con 40.000 hombres muy mal equipados y peor disciplinados, Fernando estaba frente a Toro, dándole la cara al portugués. Isabel, en Tordesillas, con unos pocos labriegos y unos cuantos presos liberados por la recluta. Alfonso, en cambio, ya les había tomado Zamora. «que no se toma en una hora». Fernando le presentó batalla: muy hábil el portugués, la esquivó. En realidad, Fernando necesitaba apurar el tiempo. En cambio, los portugueses querían alargarlo. Sabían que trabajaba a su favor. Al no conseguir dar la batalla, se impuso la retirada. Fernando había fracasado.

Mas el coraje y el impulso puestos en la ingente obra que esperaban realizar motivaron una profunda organización de aquel incipiente y malformado ejército. Lo iban consiguiendo. A fines del año 1475 ya contaba con 15.000 verdaderos soldados. Era una tropa tan bien nutrida como disciplinada. Fracasados estaban, pero no vencidos... Y dispuestos de nuevo a luchar. Únicamente habían conseguido en aquel primer año de su reinado la unidad de su matrimonio y su corona. Pero no eran ellos y las circunstancias, sino que (y esta es su gran lección política) las circunstancias las forjaban ellos, para conseguir lo que se habían propuesto. Es así como se llega al año 1476.

Después de un prolongado sitio, Isabel y Fernando consiguieron rendir el castillo de Burgos. Alfonso V de Portugal no llegó a auxiliarle. Se detuvo en Baltanás y ocupó la línea Toro-Zamora, que le aseguraba el abastecimiento de sus tropas y la retirada a Portugal. Aún recibió más refuerzos al mando de su hijo y sucesor, el príncipe don Juan, que llegaba con 20.000 soldados más.

Isabel, con extremada habilidad, logró que Zamora se le rindiera a Fernando. Quedaba por tomar el castillo. Alfonso y su heredero vinieron en auxilio. Mas llegaron en ocasión que el río venía muy crecido y sentaron sus reales delante del puente, sin siquiera lograr un inicial éxito con el pretendido ataque.

Isabel, no obstante esta frustración, advirtió la amenaza de una posible derrota y desplegó su activa capacidad. Desde la misma Tordesillas interceptó el abastecimiento de los portugueses. Don Alfonso de Aragón amenaza por la espalda al enemigo. Castro-  
nuño y Sieteiglesias se encuentran comprometidos. Fuentesauco es tomado. Alfonso de Cárdenas, primo-hermano de don Gutierrez, y Gonzalo de Córdoba flanquean los pueblos fronterizos para evitar la llegada de refuerzos. El cardenal Mendoza envía más soldados y anuncia que es llegada la hora de pelear.

Fernando, tranquilo, vigila hasta la mañana del 1 de marzo de 1476. Se dio entonces cuenta de la retirada del enemigo hacia Zamora, con todos sus fardajes y protegido por la caballería. Su decisión va a ejecutarse: Si el ejército portugués entra en Toro, pierde la mejor ocasión de combatir. Se decidió a dar la batalla. Corre tras ellos y alcanza la retaguardia de Alfonso en los altos de Peleagonzalo.

Esta es la carta que: «Don Fernando, por la gracia de Dios, rey de Castilla y León y Sicilia... A vos el Consejo de la justicia, regidores, caballeros, escuderos, oficiales y homes buenos de la ciudad de Baeza salud e gracia». Entre otras relaciones de la batalla, les decía:

«E ordenadas sus batallas puso en la delantera dellas sus cerbatanas e espingarderos e como quier que muchos caballeros de los que conmigo estaban, eran del parecer que yo no debía dar la batalla por las muchas ventajas que el dicho mi adversario tenía para ella, así porque en verdad era más gente en número de la que conmigo estaba, como porque mis gentes iban cansadas y la mayor parte de mi peonaje que conmigo salió, se había quedado en el camino por la gran prisa que llevábamos por alcanzarles e por no levar conmigo artillería alguna e era ya casi puesto el sol y estaba tan cerca la dicha cibdad de Toro, donde él e sus gentes se podían recoger sin mucho daño puesto que fuesen vencidos, pero yo de acuerdo de los dichos grandes confiando en la justicia que yo e la serenísima Reina mi cara e muy amada muger, tenemos a estos nuestros reinos y en la misericordia de Nuestro Señor e la de su bendita Madre e en la ayuda del Apóstol Santiago Patrón e cabdillo de las Españas, deliberé de le dar la batalla...».

El combate, mejor el encuentro, se desarrolló así: Las tro-

pas del rey Fernando persiguieron al rey de Portugal que se retiraba a Toro, no sin antes haber cortado la cabeza del puente al sur del río. Rápidamente los castellanos hicieron las reparaciones necesarias y, precisando de artillería, para ganar tiempo, ya cuando ya el sol se ponía, los portugueses se vieron en el trance de que no podían retirarse sobre Toro si no daban la batalla.

Las fuerzas se dispusieron para un choque absolutamente frontal. El centro portugués lo mandaba el rey. El ala derecha, apoyada en el río Duero, iba al mando del arzobispo Carrillo y el conde de Haro. El príncipe don Juan, con las mejores tropas, arcabuceros y artilleros, llevaba el mando del ala izquierda.

El ejército castellano lo constituía un centro poderoso al mando del rey Fernando. Buscando el apoyo del río, el ala izquierda estaba mandada por el cardenal Mendoza, con el duque de Alba, Enrique Enriquez, el almirante de Castilla y don Luis Osorio. Alvaro de Mendoza con Fonseca, Ledesma y los Velasco mandaban el ala derecha, frente a la poderosa fuerza que arremetía e impulsaba el príncipe don Juan, que fue el primero en ser atacado. Aunque repelió con arcabucería la primera embestida y luego a la caballería obligándola a una retirada, ponía en grave riesgo la situación de los castellanos. Acude en su auxilio el duque de Alba y restablece el equilibrio de la pelea. Los cuerpos centrales se empeñan en una durísima lucha. Los del cardenal Mendoza logran apoderarse del estandarte real, defendido heroicamente por el alférez Duarte de Almeida, que perdidos los brazos lo sostenía con los dientes. Fue Pedro Vaca de Sotomayor quien logró el pendón de las quinas portuguesas.

El combate duró unas seis horas. Llovía que diluviaba. Los portugueses comenzaron a vacilar y, anuladas las poderosas fuerzas de don Juan, se replegaron hacia el río y emprendieron la retirada. Se convirtió en franca huida para poder llegar hasta Toro. Mas don Juan, «Visto que la gente del rey su padre era vencida e desbaratada, pensando en separar algunos de los que iban huyendo, subióse sobre un cabezo e donde tañendo las trompetas e haciendo fuegos e recogiendo a su gente estuvo quedo con su batalla en el campo y no consistió de ella salir a ninguno». De todo se deduce que la batalla fue indecisa, pero Isabel y Fernando la hicieron volar con alas de victoria.

Don Fernando mandó se hiciesen «públicas e devotas procesiones dando gracias e loores a Nuestro Señor e a la bien aventurada Madre suya por la victoria que le plugo me dar en esta batalla, mostrando e manifestando su justicia. La reina Isabel al día siguiente salía descalza en una procesión, en Tor-desillas».

Así dice Townsend Miller, en la obra citada: «Toro, es, sin duda, una de las batallas decisivas de la Historia española. Es cierto que el tratado de paz con Portugal y la disposición de la Beltraneja estaba todavía por conseguirse. Pero Alfonso no volvió a representar ninguna gran amenaza. Los jóvenes soberanos de Castilla podían, al fin, respirar libremente. Su reino estaba seguro para siempre de ataques extranjeros. De un modo casi providencial, de la forma que parece haber asistido la mayoría de las empresas de Isabel: la guerra que había comenzado como una incalificable pesadilla se había incluso convertido en una oculta bendición. Arrastrados a ella, tambaleantes y sin preparación, emergían fuertes, templados, seguros. Habían ganado una inestimable experiencia militar para las mayores guerras por venir. En Europa, su estatura alcanzó una gran talla. Habían aniquilado la rebelión en casa: durante todos aquellos triunfales meses de 1476 los renegados fueron regresando a ellos: Villena, Ureña, el maestre de Calatrava; incluso el propio arzobispo, tragándose su orgullo por última vez. Isabel los perdonó a todos; sus grandes planes no dejaban sitio para el rencor».

## FINAL

*Las alas de la victoria.—Aguila caudal y esmerada.—Do sus alas sombra, protección y amparo.—Yugo y flechas.—Y y F.—El breve tratado.—El gran vuelo de la batalla.—San Juan de los Reyes.—Los Reyes y la Corona.—Vicisitudes y circunstancias.—Monumento de amor, relicario del poder.—Como final: En principio era el Verbo...*

Isabel, pese a su actividad tan manifiesta, como siempre, no cesó de rezar. Es indudable que permaneció muchas horas de rodillas para quedar de pie en la Historia. En la que se hacía

en aquellos días, la reina le rezaba a uno de los santos de su más profunda devoción: al Discípulo Amado, a San Juan Evangelista. Se sentía bajo su águila simbólica. «so sus alas, sombra, protección y amparo». Sueña con su «águila caudal y esmerada», no la imperial, aunque ella sueña un imperio que llegará a los suyos, sino la de San Juan en la visión de Ezequiel.

«Y oí el sonido de sus alas, cuando andaban como el sonido de muchas aguas; como la voz del Omnipotente; como el ruido de muchedumbre; como la voz de un ejército. Cuando se paraban, aflojaban y sus alas oíase voz de arriba de la expansión que había sobre sus cabezas. Y sobre la expansión que había en sus cabezas, veíase la figura de un trono...»

Indudablemente, Isabel, que siempre se había sentido Reina, ahora ya veía su trono: la corona. Transida de fe le debió impresionar esta escritura del *Libro de Ezequiel*, cuando en aquellos días, precisamente en aquellos días, su confesor fray Hernando de Talavera le entregaba el: «Breve tratado, muy devoto e sutil, de loores del bienaventurado San Juan Evangelista, amado discípulo de Nuestro Señor Redemtor, Señor y Maestro Jesucristo, y singular patrono y abogado de la serenísima señora .. reyna de Castilla y León, doña Isabel... compesto a su petición y mandado».

Efectivamente, desde esta batalla transformada en victoria; desde el 1 de marzo de 1476, comenzaron a reinar Isabel y Fernando en el trono de España. Sobre sus sienes sintieron el peso de la corona. Las alas indecisas del combate se tornaron en las seguras y potentes del águila de San Juan. Con ellas, muy alta está la victoria de Toro y la unidad de España. Para perpetuarla, levantaron el templo de San Juan de los Reyes en la muy amada ciudad de Toledo. La reina, antes de recibir el permiso pontificio, ya había adquirido algunas casas que pertenecieron a don Pedro Núñez de Toledo, por las que pagó 100.000 maravedises, de las que hizo donación al Custodio de Toledo, P. Juan de Tolosa, a quien comunicaba las razones y fines que la impulsaban. Decía así la Reina:

«Por cuanto yo he tenido y tengo muy singular devoción

al bienaventurado Señor San Juan y a la Orden de la Observancia del Señor S. Francisco, he deliberado de facer y edificar una Casa y Monasterio de dicha Orden de San Francisco de la Observancia, y a devoción del bienaventurado dicho Señor Juan, Apóstol y Evangelista, en la muy noble y muy leal ciudad de Toledo».

La obra, tan significativa como lo fue la batalla, o la victoria si se prefiere, ya que así quedó en el lecho de la Historia; fue encomendada al «maestro mayor de la Santa Iglesia de Toledo e maestro minor de las obras del Rey Don Fernando e de la reina Doña Isabel», Juan Guas, «el cual fizo San Juan de los Reyes» con un ritmo acelerado, por orden expresa de los monarcas. La fábrica es un primor del gótico tardío que se entrelaza con un mudéjar delicado. Templo, cosa rara en España, hecho de una vez. Los reyes sentían urgencia en acabarlo. Llegaron a trabajar más de 226 maestros canteros a las órdenes directas del maestro Guas. Las labras y esculturas, sin fatigar, abruman por la expresión de poder y grandeza. El yugo y las flechas, que los Reyes adoptaron como emblema, se repiten inusitadamente a ambos lados del escudo sostenido y amparado por el águila del Evangelista. Las filigranas de la piedra hecha encaje entrelazando la Y y la F, como firmas reales, son principales motivos de decoración.

El claustro es un remanso de paz. De noche es como un inmenso pozo de la luna. El ciprés y el naranjo, el adelfo y el rosal con la piedra labrada exaltando desde la santidad a la ironía, como la espina y la flor; le dan una extraña armonía de un preciosismo encantador. Si es un gozo entrar en el templo, serenarse en el claustro es sentirse fantasma de un tiempo que fue.

En este templo pensaron enterrarse los Reyes Católicos; pero la conquista de Granada les llevó a buscar allá su eterno reposo. En compensación, trajeron a la iglesia de San Juan las cadenas de hierro que aherrojaron a los cristianos cautivos de la morisma. Trofeo de la gran victoria de Granada, que colgaron y aún penden de los muros de este monumental templo. En él pasó, en el convento franciscano anejo, los primeros años de noviciado el que luego fue el Gran Cardenal, Cisneros.

Si en principio fue un templo votivo al que Isabel «nunca

se cansó de enviar cálices de oro, alhajas, trofeos, tapicerías y pinturas a la iglesia»; con el paso del tiempo se puede decir que también fue expiatorio. Cuando la invasión europea, la de Napoleón: «Francia, corazón y jardín...» y barbarie; fue saqueado de la manera más impía. Pero en pie está desde hace quinientos años, elevándose al cielo y mostrando la gran lección política de los Reyes Católicos: No fueron ellos y las circunstancias, fueron ellos *sobre* las circunstancias, para conseguir lo que se habían propuesto: Orden, paz y autoridad en la gobernación del reino.

Enhiesto sigue San Juan de los Reyes y no para recordar la gloria de los monarcas, sino para mostrar de Isabel: «un monumento a su amor de toda la vida por Fernando», del que Fernando hizo un relicario del poder.

El templo es la primera piedra de aquella España que Isabel y Fernando levantaron. Digamos para final, como dedicado está a San Juan, el comienzo de su Evangelio: En principio era el Verbo... encendido de fe, sabiduría y lealtad a España para lograr su unidad, grandeza y soberanía.

ANTONIO MACIÁ SERRANO

*A. Correspondiente*